

vela a contrata y de la aridez sin remedio de ese género que han dado en llamar "antinovela".

CARLOS MORAND

JULIEN GREEN: TERRE LOINTAINE. Grasset. Paris, 1966.

Existe en la adolescencia un momento misterioso, velado, durante el cual el hombre parece escoger toda su vida futura. Hasta ese momento todo parece posible; a partir de entonces todo está decidido. La mayoría de los libros que un hombre escribe para contar su vida no son otra cosa que la búsqueda de ese "momento".

La obra autobiográfica de Julien Green, iniciada con *Partir antes del día*, *Mil caminos abiertos* y *Tierra lejana*, es como un prepararse a este acto decisivo. En *Partir antes del día*, el autor ha intuido ese "momento"; en *Mil caminos abiertos* comienza a hacersele más nítido; en *Tierra lejana*, todos aquellos aspectos de su personalidad que despiertan sospecha se vuelven certidumbre.

En *Tierra lejana* hemos entrado irremisiblemente en el dominio de lo íntimo y ya no saldremos de él hasta que todo sea revelado. Hasta ahora el único camino que nos aproximaba a ese dominio fueron los volúmenes de su *Journal*, pero éstos —frente a la obra autobiográfica— son páginas depuradas de toda referencia directa al verdadero drama de la vida de Green: su anomalía sexual.

El Green que se nos muestra en *Tierra lejana* viene a llenar algunos vacíos en la intimidad de muchos protagonistas de sus novelas. El misterio que envuelve las figuras greenianas desaparece al leer este libro autobiográfico. Siempre hemos tenido la sensación de que los personajes de Green poseen las tres cuartas partes de su cuerpo expuestas a la luz y una cuarta oculta por la sombra. Nunca acabamos de entenderlos, como si no fueran totalmente humanos. Sus actitudes, sus extrañas reacciones, su psicología, sus dramas, sus angustias, no nos quedan bien en claro cuando los examinamos conforme nuestras propias experiencias. Tal vez ahí radique el encanto y la malsana atracción que provocan las novelas de Green, pero a la postre resulta ser un encanto producto de un truco, de un escamoteo por parte del autor. Hoy Green ha querido entregar la clave del misterio, ha querido dar esa cuarta parte de luz que faltaba para iluminar a sus criaturas de cuerpo entero. Hoy podemos comprender mejor a los protagonistas de *Sur*, *Moirá*, *Cada hombre en su noche*, *El malhechor*, *El otro sueño*, *Leviatán*, *Si yo fuera usted*. Tres volúmenes autobiográficos están dando la clave. Tres volúmenes autobiográficos muestran el camino para llegar hasta un hombre que ha vivido en un laberinto y que desde ese laberinto ha estado enviando señales durante años por medio de extraños personajes que nunca terminábamos de comprender.

En este tercer tomo de su vida, Julien Green entra de lleno en la

confesión de lo más íntimo de su vida juvenil. *Tierra lejana* constituye la más minuciosa, la más valiente, la más patética de las encuestas de este género desde *Si le grain ne meurt* de André Gide. Green procede con delicadeza, pero también con indudable sinceridad. A ratos uno advierte lo doloroso que le resulta el espectáculo que se está dando a sí mismo. Por ello el lector no puede sino responder con piedad al acto de confianza que le significa a un hombre, un escritor admirado, descubrir lo más secreto de sus recuerdos. Y los estudiosos de su obra no dejarán de estarle agradecidos de que él les haya proporcionado la gran llave que permite tener acceso a los meandros de sus novelas para examinarlas a la luz de una verdad que, hasta ahora, sólo se sospechaba.

Pero queda en pie una pregunta:

¿Por qué Julien Green se ha entregado a la incómoda tarea de contar paso a paso los secretos de su personalidad y de su vida?

Conociendo el profundo espíritu religioso que anima sus actos, uno no puede dejar de pensar en aquella respuesta de Gide:

"Escribo por penitencia".

CARLOS MORAND

JACK KEROUAC: EL VIAJERO SOLITARIO (Editorial Losada, Buenos Aires, 1965. 155 p.).

En un plazo no mayor de quince años, la literatura de los "beatniks" ha engendrado su propia y autodestructora retórica. Quintaesencia de esta aniquilación la constituyen los paseos por el Ganges, las caricias a los hipopótamos de Benarés, los viajes a "dedo", el abuso de alguna droga y de unas puntas de budismo-zen, el flujo de una prosa que, de liberatoria —respirada a pleno pulmón— se transformó en ejercicio deliberado, y la adhesión a cierta "impermeabilidad" vital que permite flotar en el tiempo y en el espacio.

Hubo, naturalmente, una primera etapa. Como existió ese período mágico en los fraseos del saxo de Charlie "Bird" Parker (anteriores a las grabaciones con acompañamiento de cuerdas, como *April in Paris*). Y es posible, al leer *The Subterraneans*, de Kerouac, o *Howl*, de Ginsberg, que uno se convenza arrobado de que la invención del mundo es cosa reciente.

No sabemos de qué modo, cómo, el canto de las sirenas hizo saltar la cera de los oídos. Kerouac comenzó a declinar. Empezó a parecerse, más y más, en sus defectos, a Henry Miller. El lenguaje pasó del simple regodeo de las asociaciones al juego mecánico de "palabras sacan palabras".

*El viajero solitario* es una muestra de esta retórica lamentable, salvada por uno que otro párrafo, por el soplo de un ángel en alguna página. El